

Conversatorio del Lcdo. Rafael Hernández Colón
Gobernador de Puerto Rico
1973-76; 1985-92



POR QUÉ SER CRISTIANO DOS MIL AÑOS DESPUES

Museo de Arte de Puerto Rico
Miércoles 19 de septiembre de 2001
7:30 PM

¿POR QUE SER CRISTIANOS, 2,000 AÑOS DESPUES?

Por: Rafael Hernández Colón

Agradezco con ilusión esta invitación a participar, junto al Sr. Arzobispo y Carmen Dolores Hernández en este conversatorio sobre el llamado a la fe del Cristo histórico transmitido por hombres y mujeres a lo largo de generaciones, de longitudes y latitudes, hasta llegar a nosotros en esta Isla del Caribe que llamamos, patria.

En el libro que nos han llamado a comentar --La Pretensión Cristiana-- Luigi Giussani comienza por situar al hombre de todos los tiempos y de todas las latitudes ante las preguntas esenciales de la existencia: ¿quiénes somos? ¿de dónde venimos? ¿a dónde vamos?

Estas preguntas enfrentan nuestra razón y nuestro entendimiento a una toma de conciencia de las realidades últimas, de lo que está detrás, delante, alrededor de nosotros en el pasado, en el presente y en el futuro. Realidades que el hombre ha querido conocer desde que comenzó a caminar sobre la tierra y que enmarcan en la zona de lo sagrado para todas las civilizaciones de todos los tiempos.

Todo ser humano, nos dice Giussani, siente una inevitable exigencia de buscar cuál es el sentido último, definitivo, absoluto de su propia y puntual contingencia. Toda construcción religiosa refleja el hecho de que cada uno hace el esfuerzo que puede y es precisamente esto lo que todas las realizaciones religiosas tienen en común de válido: el intento.

Pero mientras más esfuerzos hace el hombre de todos los tiempos para contestarse estas preguntas fundamentales, es decir, para aproximarse a lo sagrado, más retrocede el horizonte trascendente a las indagaciones de la razón. De ahí la necesidad de la revelación para iluminar el entendimiento del hombre y sostenerlo en su esfuerzo.

Los iniciadores de religiones tales como Zaratustra, Mahoma o Maní, tienen en común la certeza de ser portadores de una esencial revelación de Dios.

En el caso de Israel, la revelación se manifiesta a través de la palabra y la intervención en la historia pero Dios permanece trascendente para el pueblo judío.

El cristianismo plantea algo totalmente distinto a todas las religiones de todos los tiempos y de todos los lugares. Dios se hace presente en la persona de Cristo que vive, muere y resucita. A partir de ese momento el planteamiento religioso deja de ser un esfuerzo humano para entrar en contacto con lo sagrado y cambia a una presencia de Dios ante la humanidad. Dios ha venido al hombre.

La religiosidad a partir de Cristo no depende de lo que pueda pensar el hombre o imaginar, sino de la voluntad del hombre de aceptar a Cristo como la revelación física de Dios en la historia. El planteamiento cristiano es radicalmente distinto a todos los demás. Si es cierto que Dios se ha hecho hombre entonces el camino de Cristo es el camino verdadero hacia Dios. Las pequeñas luces que nos puedan ofrecer las otras religiones palidecen ante la iluminación del camino que nos brinda Cristo.

Frente a Cristo, el hombre no tiene que entrar en disquisiciones o elucubraciones enigmáticas sobre algo lejano, sólo tiene que vivir por referencia histórica, la experiencia de un encuentro como el que se tiene con otro ser humano, pero que en el caso de Cristo, dice ser el Hijo de Dios. En materia de las religiones, o aproximaciones a lo sagrado, este planteamiento es único.

¿Ocurrió o no ocurrió? Esta es la pregunta que Giussani nos dice que tenemos que contestarnos.

Es un planteamiento muy distinto al de Buda o al de Mahoma. Estos señalaron caminos hacia la iluminación o hacia Dios pero en ningún momento pretendieron ser Hijos de Dios. Esa es la pretensión cristiana. Una pretensión que carece de toda apariencia de certeza. Pero que si es correcta, transforma radicalmente la aproximación del hombre a lo sagrado.

La referencia histórica sobre Cristo nos llega a través de los evangelios. El de Juan es de un testigo presencial. También el de Mateo. Marcos y Lucas reciben su información de testigos presenciales.

Es interesante el análisis de Giussani en virtud del evangelio de Juan sobre el desarrollo de la convicción en los discípulos de que Cristo es el Mesías, de que es el Hijo de Dios. No se trata de una conversión instantánea y mucho menos mágica. Se trata de llegar a la verdad a través de una secuencia de incidentes que poco a poco van inculcando en ellos, un convencimiento. El convencimiento de que en efecto, están ante el Hijo de Dios. La persuasión tiene lugar lentamente en un proceso en el cual ningún paso posterior desmentiría los anteriores.

El descubrimiento del carácter irrepetible de Cristo tiene lugar en virtud de la personalidad de Cristo, de sus obras, de sus palabras, de su solidaridad hacia todos los humanos sin distinciones de clase alguna, de la coherencia de sus actuaciones hasta las últimas consecuencias con aquello que predicaba. De ahí se fue desarrollando en ellos la certeza moral sobre la persona de Cristo que luego viene a ser avalada por la Resurrección y la venida del Espíritu Santo.

Jesús empleó una pedagogía muy inteligente para definirse como el Hijo de Dios. No lo hizo de sopetón porque lo hubieran tenido por loco. Lo hizo lentamente para provocar con sus actos y en forma indirecta, una asimilación gradual de esta realidad. Siguió procesos destinados a facilitar la convicción por una especie de ósmosis.

Ningún historiador serio ha cuestionado la existencia histórica de Cristo. La cuestión esencial para creer o no creer es si, además de aceptar la realidad de que Cristo existió como existieron Julio César, César Augusto, o Herodes o Pilatos, aceptamos también como ciertos los hechos que nos narran los evangelios.

Nadie que crea la realidad histórica de esos hechos: la palabra de Cristo, sus enseñanzas morales, los milagros de Cristo, la manera de ser de Cristo, el sacrificio de Cristo en la cruz, y de su resurrección, puede dejar de creer que Cristo es el Hijo de Dios.

El hombre es libre para creer o no creer. Esa libertad que nos dio y que El respeta es el factor esencial a la relación hombre-Dios pues a no ser por ella, seríamos buenos robots pero no buenos o malos humanos y Dios no quiere robots en la eternidad: quiere hombres y mujeres que le amen libremente. Por eso permite que

esos hombres y mujeres se porten mal si quieren, y lo rechacen si así lo quieren. El plan de eternidad es un plan de libertad.

El hombre o la mujer que cree, 'entronca a través de Cristo con Dios nuestro creador, lo cual le sitúa en la plenitud del amor que se traduce en su capacidad de darse y entregarse a los demás. En la elección de creer en Cristo se juega la plenitud de la felicidad humana que proviene del entronque con Dios nuestro Señor y del hacer Su voluntad revelada que es amarnos los unos a los otros.

El hombre puede optar por no creer y cerrarse en una auto-suficiencia. De esta manera el hombre ejerce su libertad para librarse de Dios y valerse por sí mismo, como mejor plazca a su voluntad ante las circunstancias que le depare la vida. Renuncia de esa manera al camino hacia Dios que es Jesucristo. Caminará hacia sí mismo y para las simples satisfacciones materiales que le puedan ofrecer los años que le queden en esta tierra.

Desde el mismo momento en que Cristo caminó sobre la tierra todos los que le conocían tuvieron que dar una respuesta. Unos creyeron en El y éstos son los que nos han transmitido a través de la historia, la noticia de Cristo. Otros no creyeron. Le llamaron endemoniado, exhaltado, y sobretodo, blasfemo, porque siendo hombre, se hacía a sí mismo, Dios.

Rechazaban la posibilidad misma de la Encarnación. Incurrían como señala Giussani en el sofisma habitual del pensamiento que se atribuye el derecho a juzgar de antemano sobre lo posible y lo imposible, en nombre del dato real antiguo, como si la realidad no hubiera estado siempre en fase de innovación, de creación.

El reciente acontecimiento de las torres gemelas que evidencia hasta dónde puede llegar la libertad del hombre ante el bien y el mal, nos ofrece un buen ejemplo del creer que los límites de la realidad conocida en el pasado marcan el alcance que nos brinda la razón, de lo posible o lo imposible. A partir del pasado 11 de septiembre el mundo vive una nueva realidad. Si nos hubiéramos planteado lo ocurrido antes de esa fecha, hubiéramos dicho que eso era cuestión de películas o de libros de ciencia-ficción.

La razón nos hubiera dicho que era imposible que 18 personas planificaran y entrenaran para secuestrar aviones de líneas aéreas comerciales, convertirlos en misiles, y llevar a cabo una misión suicida de destrucción de las emblemáticas torres del mundo financiero de Estados Unidos, del Pentágono y posiblemente de la Casa Blanca o el Capitolio. La verosimilitud del horror que vivió Estados Unidos, el desplome de esas torres, los miles y miles de muertos, hubiera desafiado nuestra razón.

Hoy día la realidad que conciben nuestras mentes se ha sobrecogido y ensanchado. Y nuestra razón nos permite creer que lo que ocurrió, es posible. En virtud de esa creencia, Estados Unidos es otra nación, las prioridades de su gobierno han cambiado. Gastará billones y billones de dólares para combatir algo que antes del 11 de septiembre no estaba dentro de los límites de lo posible.

Juzgar el fenómeno de la Encarnación a base de los límites que le impone la razón a la intervención divina en la historia, padece de este mismo sofisma. Es que el hombre pretende imponerle límites a Dios.

La noticia histórica de Cristo, partiendo de quienes fueron testigos de los hechos, llega a nosotros como llegó a sus contemporáneos y a todos los hombres y mujeres a través de la historia. Frente a la misma se impone una respuesta: creer o no creer. Esa es la cuestión. ¿Por qué ser cristiano 2,000 años después? He aquí mi respuesta:

Porque una vez me entero de Cristo, del camino a la eternidad, todo en la vida, incluso el dolor, me es coherente.

Porque Cristo adversa el absurdo de la existencia y la nada de la no existencia dándole sentido trascendente a mi vida.

Porque Cristo me llama por el camino de la realidad, de la verdad de la vida, con sus penas y alegrías, sombras y luces.

Porque Cristo me reveló a Dios y me abrió el camino hacia El sin engaños, ni falsas esperanzas, sino con cruz dolorosa, sublime e inefable.

Porque Su amor y Su palabra revelan la plenitud del bien a que aspira mi humanidad.

Porque sólo en El puedo confiar ciegamente, ya que siempre me ha dado buen ejemplo.

Porque le amo.

Por eso soy cristiano 2,000 años después.
